

Introducción

La noche del 24 de julio de 2021 tuve una especie de... no sé cómo llamarla, juzguen ustedes. A la 1:35 de la madrugada, cuando estaba en lo más profundo del sueño, me despierta una voz desconocida que repite dos veces: *¡Forrest Gump, Forrest Gump!...* El corazón se agita. Confundido, prendo la luz. ¿Forrest Gump? ¿Y yo que tengo que ver con él? Trato de serenarme y pensar: ¿qué es esto? Sí, vi dos veces la película: cuando se estrenó en 1994 y hace un par de años. Me gustó, me divertí... pero no entiendo por qué, ahora, esta “llamada” por demás intempestiva.

Empecé entonces a recordar una y otra escena... y fue grande mi sorpresa al descubrir que mi memoria, tercamente, se detenía en el arranque y en el final de la película, cuyo protagonista es... una pluma blanca, una plumita dubitativa que, después de dar varias vueltas por el aire como buscando a su dueño, es recogida cuidadosamente por Forrest Gump. Él, aun siendo un hombre maduro, guarda la pluma en el libro que tiene en su cartera y que cuida como un tesoro, porque es el que su madre le leía cuando era niño.

Forrest sufre una leve discapacidad mental, pero así y todo, sin darse ninguna importancia será protagonista de no pocas acciones heroicas, en las que demostrará una valentía y lealtad fuera de lo común.

Forrest Gump es, sobre todo, un hombre que ha sabido amar: a su madre en primerísimo lugar y a Jenny, a la que conoció sien-

do niños los dos y ha sido el único amor de su vida. Al final de la película, cuando Forrest despidió en el autobús al hijo que tuvo con Jenny, ya fallecida, reaparece la pluma que, sin darse él cuenta, siempre lo ha acompañado. Fin de la historia.

El caso es que me siento muy identificado con Forrest Gump. Se trata de un hombre escaso de entendimiento, pero que ha recibido una caricia de lo alto y ha acertado en lo más importante: el amor. Por mi parte, la verdad es que una pluma invisible acompaña de tal manera mis pasos por el mundo que, en llegando (como dirían los clásicos) a la venerable edad de *quatre vingt ans* (disimulemos la contundente vejez), siento el deber de compartir mis andanzas: como Forrest, sin pretenderlo, me he visto envuelto en sucesos de los que no puedo no dar testimonio.

La pluma blanca apareció en mi vida, cuando tenía diecinueve años. Alguien me dijo en aquel momento: —¡Oye, lo tuyo ha sido “llegar y tocar el santo”! Entonces no entendí ese dicho que, sin embargo, expresaba literalmente lo sucedido: cuando apenas hacía diez días que había decidido pedir la admisión en el Opus Dei, conocí a san Josemaría Escrivá, su fundador, y, a partir de ese momento, lo traté durante un arco de diez años.

Forrest corrió durante muchísimo tiempo, exactamente tres años, dos meses, catorce días y dieciséis horas, según su conteo. ¿Por qué? «Mamá siempre decía que tienes que dejar atrás el pasado antes de seguir adelante. Creo que fue por eso que corrí tanto». Bien, pero me gusta más este pensamiento: «Pórtate bien “ahora”, sin acordarte de “ayer”, que ya pasó, y sin preocuparte de “mañana”, que no sabes si llegará para ti» (Camino, n. 253). Sea como sea, aún sigo corriendo y, con la indudable ayuda que me presta san Josemaría, así será hasta que Dios lo disponga.

El 28 de marzo de 2025 se cumplen cien años de su ordenación sacerdotal y el 26 de junio, cincuenta desde que se nos fue al Cielo: he sentido que debía ofrecer ahora este testimonio. En parte ya lo había hecho en otro libro (*Luchar por amor*, Ediciones de la

Plaza, Montevideo 2001; Minos, México 2007; Cobel, Madrid 2011) pero, como suele suceder a ciertas edades, llegaron a mi memoria otros recuerdos antiguos de ese sacerdote santo y muy querido por hombres y mujeres de todo el mundo, que le deben la felicidad que han encontrado siguiendo su espíritu.

Mi amigo y hermano obispo en Noruega, monseñor Erik Varden, enmarca con su habitual profundidad el sentido de las páginas que siguen: «Hablar de recordar es hablar de identidad. Recordamos lo que hemos sido, lo que nos ha hecho lo que somos. Al mismo tiempo, somos lo que recordamos. Nuestro recuerdo no está nunca confinado a nuestra sola experiencia, ya sea esta amplia o pequeña. Descubrimos —si nos atrevemos— que la memoria es más que un depósito estancado de recuerdos privados. Recordar; recordar realmente, es soltar nuestras amarras y zarpas adentro, con todo lo que conlleva de peligro y euforia» (Introducción a *La explosión de la soledad*).